



# Antes de la noche

Alejandro Arteaga

*Porque la voz es lo único  
que queda intacto después de la muerte*  
Severo Sarduy

**D**IGAMOS QUE AQUELLA NOCHE, la noche en que Anne y yo por fin conseguimos franquear la puerta del departamento, todo volvió adonde debía. Las cosas regresaron a un sitio que desconocimos, el más cómodo. Luego todo fue bruma, como sucede siempre, como es costumbre, pero esa noche las cosas caían como gobernadas por un destino manifiesto, guardaban un orden imperioso y exacto (e insoportable a nuestros ojos era esa perfección).

Sumábamos algunos meses viviendo juntos. Huíamos de una soledad cansada, de la que seguro nunca podremos apartarnos. (Nos sigue adonde vamos. Es algo que nos viene con el desayuno o por la tarde, con el ruido de los autos que pasan abajo.) Vivíamos arropados por la supuesta anuencia y cortesía de viejos amigos que nunca visitábamos, ya por aburrimiento o hartazgo.

Esa noche pudimos franquear la puerta y entramos al departamento, el que se hallaba justo debajo del nuestro. Durante semanas conjeturamos sobre los objetos que hallaríamos, lo que siempre quisimos, algo un poco idiota pero bastante entretenido en el fondo. Elegíamos los adornos, los muebles, poníamos color y olores en donde más nos dolía nuestra propia casa, de lo que carecíamos, de lo que carecemos aún.

Una tarde en la que yo me empeñaba en leer una novela ilegible, Anne me preguntó si conocía a los inquilinos de la planta inferior. Le dije que no, habían llegado al edificio antes que nosotros, según me enteré por alguna noticia deslizada por ahí, en los pasillos de nuestro piso.

—¿Has visto que sólo vienen de día?

No lo había notado, sinceramente, pero le mentí, dije lo que pude. Ella no habló del asunto largo tiempo pero a mí se me quedó grabado su comentario.

A veces salíamos a caminar, a hojear libros inalcanzables en las librerías, a mojarnos sin remedio bajo una lluvia de continuo imprevista, a tratar de reírnos de nosotros (nuestras risas casi nos enfermaban). Que volviera algo y que lo trajera la lluvia, que viniera de abajo como un terremoto, o que nos cayera encima y nos aplastara para ya no levantarnos. Yo creo que ambos pensábamos igual. Los tiempos no eran buenos, aunque ninguno de los dos recordaba a cabalidad un tiempo holgadamente bueno, largo y de verdad feliz. (Quizás estoy hablando rápido y sin explicar nada.)

Una de esas noches, Anne dormía a profundidad. Yo aún batallaba con la novela ilegible. Oí bajo mis pies un martilleo suave. Los vecinos se habían puesto a instalar alguna ocurrencia en su techo. Me asomé desde la ventana del baño al hueco de luz para ver mejor. La rubia (no lo he dicho, había una rubia en esa casa) tiraba la ceniza de su cigarro por la ventila. Vi su mano perfectamente blanca. Oía su voz pero sus palabras me resultaban incomprensibles, como si se sostuvieran en una lengua lejos de mi alcance. Un par de voces graves terciaban en la charla. Hubo más movimientos que traté de descifrar sin éxito y el sonido inconfundible de un taladro.

Cuando Anne despertó, le conté.

—Quizá están instalando un taller —dijo—. Ayer me topé con uno de esos hombres en la tienda; compraba bebidas para ganar energía; es probable que sean golpeadores. Me dio risa esto último y fui demasiado evidente. Anne se encerró en la habitación, molesta por mi risa. Golpeadores. Aún me sigue pareciendo gracioso.

La siguiente noche, o la tercera, no lo sé, soñé que los hombres y la rubia subían a nuestro departamento. Ella traía un cigarro encendido del que no fumaba y

los hombres se quedaban de pie, frente a nosotros, imponentes; y Anne (pobre Anne, siempre tan mal en mis sueños) se ponía a llorar en silencio, sin llevarse las manos al rostro. Habían subido a hacernos una recomendación y no era grata.

Por la mañana le relaté a Anne mi sueño pero omití la parte de su llanto. Uno aprende poco a poco a dirigir el discurso, a elidir lo inconveniente. Es casi un asunto de diplomacia.

—Debemos saber qué es lo que hacen esos hombres aquí —comentó—. Esa mujer me destroza los nervios.

Le hice entender que eso haríamos, pondríamos a salvo a todo el edificio de los forasteros del piso de abajo, a como diera lugar. Aunque fui marcadamente irónico, Anne no se percató. El asunto la trastornaba de veras.

Por la tarde, al volver del trabajo, la hallé un tanto excitada. Durante la mañana había hecho indagaciones entre los vecinos y con el portero. Los hombres venían del sur. La mujer era una visitante ocasional. Una anciana que vivía a un lado de nosotros aseguró que la rubia era una puta, se le adivinaba en la forma de fumar, eso dijo. Otros vecinos vieron subir a los hombres tiempo atrás con cajas de plástico, como aquellas en las que se transporta herramienta, y también con accesorios para computadora.

—Te lo dije— afirmó mi mujer—, están construyendo un laboratorio.

—Ayer dijiste un taller.

—Es lo mismo, un taller o un laboratorio.

—Quizás están instalando un departamento a todo lujo para recibir a la mujer todas las noches.

Anne ignoró esto último. Me hizo sentir como un idiota.

Pronto me descubrí vigilando los pasillos, pendiente de cualquier ruido que viniera de abajo.

Supongo que, además del ocio promulgado, también pudo ser el dinero. Pensábamos, al menos yo, en lo que podrían guardar, la cantidad. Por mi afición a la literatura, el crimen me atraía casi de manera natural. Dinero a manos llenas. Retirarnos por un largo tiempo del trabajo y largarnos a disfrutar el ocio que secretamente siempre hemos soñado. De cualquier forma, nunca supimos utilizar el dinero —su uso nos era anta-

gónico— ni éramos profesionales del robo —amantes platónicos del hurto—, simplemente la situación nos llevó a asumir papeles que pudimos representar sin problema en cualquier momento. El dinero como un elemento narrativo de la historia que nos contábamos. Porque el dinero, aunque suene demasiado sentimental, es lo que siempre nos faltó.

Anne tuvo un sueño recurrente que nos mantuvo en vela varias noches. En él, unos perros la amenazaban en las escaleras de nuestro edificio. Lo curioso es que nunca llegaba a verlos. Los oía en la oscuridad, sus ladridos, el sonido de sus patas en la duela. Esas noches oía a los perros de la calle y los imaginaba en nuestra puerta, como si vinieran por algo que tuviéramos bajo la cama o entre los brazos.

Todas las pesadillas terminan así.

Una tarde me topé con uno de los hombres en la entrada del edificio. Era moreno y alto, con una sonrisa de burla. Lo vi un segundo o dos pero me grabé su rostro. Pensé que un hombre como él alguna vez me destruiría a golpes y entonces comprendí (o mejor dicho, me apropié) los terrores de Anne.

Mi sueño se tornó demasiado ligero. Y por supuesto cualquier tipo de conjeturas me cruzaban la mente hasta dejarme exhausto. Dormía por cansancio mental y despertaba con una pesadez fulminante. Por momentos me disgustaba que esa duda absurda —saber qué guardaba en su interior el departamento de abajo— me mantuviera en un estado de total parálisis. Opté por

acudir a la alameda cercana a leer, por las tardes, luego del trabajo, y recuperar mi afición por las tertulias de café. No tardé en comprobar, como siempre sucede en estos asuntos, que el tiempo no ceja en su trabajo demoledor. Mi generación estaba destruida de origen. Los viejos amigos me parecían demasiado estúpidos, vencidos por una rutina de cuya sombra también yo era víctima, un espejo que, como cualquiera, no tardé en eludir.

Creo que Anne siguió un camino similar: la evasión. Procuraba ausentarse de casa el mayor tiempo posible, inventaba para sí caminatas laberínticas por las calles comerciales, llenas de aparadores y luces donde no iba a comprar nada.

No obstante, no pudimos quitarnos esa idea de la cabeza.

El dinero.

Los hombres y la mujer volvieron a hacer de las suyas una noche de lluvia. La tormenta se hallaba en su apogeo. No podíamos dormir por el ruido del agua y el hielo sobre los cristales. Vivíamos desesperados sin motivo aparente. Yo me puse a leer en la cama un diario de tres días antes. Anne no paraba de fumar y de pie frente a la ventana se entretenía con las formas del agua corriendo entre las calles. Un auto se detuvo frente a nuestro edificio. Anne hizo a un lado el cigarro y pegó su rostro a los cristales. Me llamó a su lado.

—Los hombres y la mujer están allí de nuevo —dijo.



Me acerqué y vimos un auto del que se apeaban nuestros vecinos. Uno de los hombres, quizás el más moreno y alto, trataba de contener la sangre en su brazo izquierdo. La luz de las farolas nos permitió verlo mejor, un rojo auténtico. Parecían apurados. La mujer ayudaba al herido e intentaba atajarse de la lluvia con una gran mascada azul, pues su atuendo era demasiado ligero, tal vez muy atrevido, como si acabara de salir de un coctel de verano. El segundo hombre, al parecer, vigilaba que nadie los viera y entre su saco trataba de esconder un objeto largo que identificamos como un rifle.

Como era de esperarse, Anne se contenía para no gritar. “¿Debemos llamar a la policía?”, me preguntó. Evidentemente yo no supe qué decir. Al cabo de un rato en que estuvimos en silencio y los oímos entrar a su departamento, decidí asomarme por el hueco de luz para ver algo que nos fuera útil. Anne, por su lado, vagaba a través de nuestro piso con la intención de hallar los ruidos que le mostraran los movimientos de los inquilinos de abajo. Al final, se tiró al suelo para tratar de escuchar alguna conversación. En un principio, los movimientos de los hombres y la mujer aparecían por todos los lados. De pronto Anne me decía: “han ido a la habitación”, y hasta allí acudíamos con el mayor de los sigilos para no evidenciar nuestra curiosidad. “Han ido al baño”, susurraba, y de puntas alcanzábamos el lugar y Anne en el piso y yo pendiente de la ventana pudimos escuchar frases sueltas que hablaban de palabras incorrectas en sitios incorrectos y de que ahora justo

se imponía el momento de actuar o prepararse.

No era difícil suponer que los hombres y la mujer huían de un acto violento, un ajuste de cuentas, un asalto, algo por el estilo. Anne se hallaba segura de que pronto llegarían quienes habían herido al hombre alto para continuar con la batalla, disparar hacia nuestro edificio y matarnos a todos. No sé cómo pudo contener su histeria, tal vez su curiosidad podía más. La lluvia había disminuido su intensidad y nos ayudaba a escuchar lo que sucedía abajo.

—Van a huir —dijo mi mujer—, están haciendo las maletas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es evidente, escucha.

Me esforcé y no pude oír nada que pudiera confirmarme lo que Anne decía hasta que la vibración de un taladro me convenció de sus palabras. Nos vestimos sin saber exactamente por qué, tal vez con la idea de una fuga precipitada. El barullo en el piso inferior subía de tono y, entre cigarro y cigarro, me di cuenta de que Anne también armaba una suerte de maleta.

—Qué haces —le pregunté.

—Hay que irnos antes de que vengan a matarnos.

—Mejor aguardemos, si nos matan quizá nos hagan un favor —dije tratando de atenuar la aspereza del entorno.

Anne guardó silencio y me miró de una manera atroz. Creo que a partir de entonces ambos estuvimos



solos. Se oyó la puerta de abajo y luego un estruendo en la escalera. Alcanzamos la ventana y vimos salir a la rubia jalando una maleta. Uno de los hombres le cuidaba la espalda. El otro aún parecía quejarse del brazo herido pero cargaba una gran bolsa en el costado. El auto en el que llegaron ya no estaba frente a la acera y no se sorprendieron de esa ausencia. Dadas las circunstancias, tampoco nosotros supimos si en él se quedó un cuarto hombre y nunca nos percatamos de en qué momento desapareció.

—Debe estar esperándolos a la vuelta con el coche encendido—aventuró Anne.

Quizá transcurrió media hora. Nos mantuvimos en la ventana con la creencia de que veríamos dar la vuelta un auto con hombres armados—tal vez la policía— y la consigna de destruirlos y de paso a nosotros.

No ocurrió.

Al cabo de un silencio largo nos miramos en medio de una sonrisa leve y cierta tranquilidad nos arropó.

Ambos lo sabíamos: era casi un deber enfrentar ese hueco que se nos había formado en algún lugar. No teníamos lámpara; sin embargo, me aseguré de llevar un martillo para romper la puerta. El edificio era una tumba. O los inquilinos no habían oído nada o se hallaban pertrechados bajo sus camas o en el ropero, aguardando la destrucción que mi mujer predijo. Descendimos por las escaleras y los nervios volvieron con nosotros aún más violentos. En el pasillo no había nada distinto, salvo la mascada de la rubia, aún húmeda, tirada como un pedazo de carne frente a la entrada de su departamento.

No hicieron falta los golpes, la puerta estaba sin llave. Un nimio empujón nos mostró el umbral y la angustia nos revolvió el pecho. A pesar de que Anne me tomaba del brazo, me sentí aún más solo al comprobar que la luz no encendía porque no debía encender.

—Dios mío—susurró mi compañera y su voz la percibí lejana.

En el centro del departamento había un hueco sin forma que se extendía a partir de nuestros pies y hacia todos lados, lleno de una oscuridad tan nítida como no volveré a ver otra. Lo abarcaba todo, a nosotros mismos. Describirlo como una bocanada es la frase más precisa y, al tiempo, más vaga que encuentro. La belleza y el horror eran de otra índole. Suspendida de manera vertical en el justo medio, una línea aún más negra que el hueco lo cruzaba como un eje, un hilo, una recta que unía ambos precipicios. Creo que Anne dijo algo más pero no quise escucharla.

¿En qué momento el tiempo se volvió un espectáculo?

No avanzaríamos y tampoco deseábamos salir pero lo hicimos luego de un periodo impreciso. Curioso es que tranquilo seguía el pasillo y tranquilo continuaba el mundo. Con esa misma tranquilidad cerramos la puerta y subimos a nuestro piso a dormir, ahora sí, para toda la noche. ■■■